

EL MOVIMIENTO LITERARIO

CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA SEMANAL

Cuna de Cóndores. (Cuentos) por MARIANO LATORRE. Santiago, imprenta Universitaria, 1918.—235 páginas in-16.

Ediciones de Artes y Letras. Tomo III de la Biblioteca.

Entre los modernos escritores podríamos, sin faltar al respeto que debemos a su noble profesión, establecer dos categorías: la de los eternos repetidores y la de los innovadores.

Viven aquéllos en el mundo de los libros; éstos viven en el mundo propiamente dicho, es decir, en medio de la realidad presente.

Los repetidores son, cual más cual menos, ciegos y sordos; pero gozan de una feliz memoria que, en hora oportuna, les provee de cuanto es menester para escribir sin sensaciones o pensamientos propios. Merced a ella, escriben, no lo que sienten o lo que piensan, sino lo que otros han sentido o pensado.

Y más de una vez acontece que, sacando de aquella arca vocablos primorosos, consiguen, a fuerza de combinaciones y artificios literarios, dar a sus obras un semblante de fresca elegancia y un sello personal inesperado.

En estos escritores el artificio llega a tales extremos de perfección, que es a menudo muy difícil distinguirlo del arte verdadero; y así, más de una vez, esos hábiles explotadores del pasado sientan plaza de artistas.

Al revés de éstos, los innovadores pretenden sentir y pensar por sí mismos.

La profesión literaria no se reduce, para ellos, a un psitacismo universal, más o menos hábilmente disfrazado.

Quiere que sus obras sean verdaderamente suyas, no sólo en cuanto a la materia, sino también en cuanto a la forma, y llevan su ambición innovadora hasta revestir sensaciones y pensamientos propios con un estilo propio, individual y personal.

Y esto intentan ellos conseguirlo, no sólo inventando novísimas combinaciones de vocablos, sino hasta creando nuevos vocablos cada vez que la vieja lengua tradicional parece rehusarles su ayuda.

No siempre el buen éxito corresponde con perfección a sus esfuerzos, ni, cuando aciertan a encarnar en una obra viva sus ambiciosos ideales, reciben del público los aplausos que merecen.

Este, fiel observador de la ley del menor esfuerzo es, como Aristóteles dijo del hombre, "un animal de costumbres". Ofrecerle un manjar insólito es abusar de su confianza, obligándole a dudar de sí mismo, a opinar, a pensar; trabajo no menos inútil que fatigoso.

Por otra parte, el innovador ambicioso como Faetonte, hijo del Sol y de Climene, rara vez presta oído a los consejos de su Padre.

El Sol, en la Segunda Metamorfosis de Ovidio, le advierte con paternal sabiduría, cuán peligroso es todo extremo.

Altius egressus, coelestia tecta
Inferius, terras: medio tutissimus
Neu te dexterio tortum declinet in
Neve sinisterior pressam rota ducat
Inter utrumque tene: fortunae cetera
Quae juvet, et melius, quam tu tibi,

(Si asciendes demasiado, incendiarás el cielo; si descendes con exceso, incendiarás la tierra; el medio es el camino más seguro; no tuerzas hacia la derecha en dirección a la Serpiente, ni hacia la izquierda en dirección al Altar; has de mantenerte entre anchos constelaciones. El resto lo abandona yo a la Fortuna; deseo que te favorezca y te cuide más de lo que tú mismo te cuidas).

A menudo corre el innovador la suerte de Faetonte; pero si su fracaso nos obliga a deplorar su imprudencia, no podemos, sin injusticia, rehusar nuestros aplausos a su valentía. Sin algunos Faetontes, el mundo permanecería atascado en la rutina.

Mariano Latorre, más feliz que Faetonte en su empresa, ha conseguido en esta nueva obra, volar sin quemarse las alas hacia el sol de un ideal que él mismo eligiera.

¿En qué consiste la innovación introducida por él en la literatura chilena?

Creo decirlo en pocas palabras y sin ambages, declarando que, en mi concepto, Mariano Latorre es un escritor para quien Chile existe verdaderamente.

Teófilo Gautier decía de sí mismo: "Soy un hombre que cree en la existencia del mundo externo".

En Chile no escasean los escritores; pero muchos de ellos viven en su país como si éste no existiese.

De Chile, ¿qué rastros hay en sus obras? Una y otra vez, a tiempo y a destiempo, he señalado, deplorándola amargamente, la falta de chilenidad que se advierte en la novela nacional.

El escenario en que ésta suele desarrollarse y los personajes que en aquel escenario exhiben sus pasiones, no llevan el sello de la tierra ni de la raza. Son "cualesquiera"; a veces parecen emigrados de Madrid o de París, a veces son verdaderos "pas-separtout" tan buenos para un barrio, en Buenos Aires o Nueva York, como para un fregado, en Pekín o en Yokohama.

Y esto se explica sin dificultad, si advertimos que los novelistas, imbuidos de lecturas y penetrados hasta la médula por el extranjerismo, escriben sin experiencia propia, sin observación personal y con meros re-

cuerdos de novelas francesas o españolas.

Viven en su país sin darse cuenta de su propia vida ni de la ajena.

No ven, ni oyen: leen solamente y explotan, como si fuesen minas, sus lecturas.

Chile, sin embargo, les brinda una materia prima tan virgen como inagotable: sus cordilleras y sus mares, sus desiertos cuajados de tesoros y sus feraces campos, sus mineros, sus marineros, sus rotos, sus indios, su "medio-pelo" mismo, son fuentes eternas de vida original, de sensaciones novísimas y aún de una filosofía peculiar.

Lo que falta aquí no es la materia: es el artista que sepa convertirla en belleza chilena.

En este tesoro de Chile, Mariano Latorre ha escogido, para su nueva colección de cuentos, el escenario de la cordillera chilena, y en aquel escenario maravilloso, ha descrito con una maestría hasta hoy no igualada, lo que padecen y gozan los naturales actores cordilleranos: el pastor, el arriero y el bandido que en sus escondrijos busca un refugio, o en sus vericuetos un camino hacia la libertad de las Pampas. Vemos allí al león y al cóndor, y los rebaños que el pastorcillo disputa a esas fieras. Y todo ello con un realismo penetrado de arte exquisito, resplandece en una serie de cuadros en que el autor derrama a manos llenas el color y la vida.

Mariano Latorre ha visto, lo que se llama visto, la Cordillera, como pocos saben o pueden verla.

Y sobre esto, séame lícito decir que no carezco de autoridad, o mejor, de experiencia, para opinar.

He vivido poco más de tres años en la Cordillera del Norte. Como los arrieros y los cazadores de Mariano Latorre, he recorrido en largas y pesadas caminatas sus "cañones", y he pernoctado cien veces en sus cuevas, cuando no al abrigo de sus peñas. Llené mis ojos de sus esplendores y de sus horrores; su magnificencia colosal y su tristeza abrumadora, el eterno quejido del viento en las cumbres, la desolación infinita que mana de ella a pesar del infinito derroche de color y de fuerza. Todo esto lo conservo en mi memoria.

Y puedo, comparándolo con los cuadros de Mariano Latorre, apreciar y, con derecho, ensalzar el realismo de este libro.

No sé a punto fijo si, como lo pretende On Mardones, "la cordillera es sagrada". En todo caso, nadie, que yo sepa, ha conseguido hasta hoy presentárnosla en todo el esplendor de su magnificencia, como acaba de hacerlo el autor de Cuna de Cóndores.

Luchando con la Cordillera, Mariano Latorre se ha hecho dueño de ella, y si alguna vez ha errado, creando vocablos nuevos para traducir sensaciones complicadísimas, no será yo quien se lo reproche con severidad.

Vaya, el que quiera lanzarle la primera piedra, vaya a la Cordillera, y mire, y escuche, y después de vivir la vida cordillerana, díganos si hay en el mundo un idioma capaz de dar digna expresión a todas, a todas las sensaciones que de ella brotan en un alma de artista como la de Mariano Latorre.

Su libro, vuelvo a repetirlo, es una innovación.

Los antiguos solían enseñar que, en literatura, no se trata de escribir cosas nuevas, sino de dar novedad a las cosas antiguas: non nova sed nove.

Mariano Latorre ha obedecido a la regla tradicional escribiendo con novedad sobre lo más antiguo que hay en Chile: sobre la Cordillera de los Andes. Y me complazco en darle mis más sinceros parabienes por su hazaña.

* * *

P. D.—Por causa de enfermedad, el redactor de esta sección no ha podido tomar en cuenta, ni apuntar siquiera, los numerosos y valiosos libros publicados en Santiago, en la última semana.

OMER EMETH.